

Reseña/Review (Varela, Juliay Álvarez-Uría, Fernando, “Conversaciones con Robert Castel”, Madrid: Morata, ISBN: 9788471129321, 264 págs., 2019)



¿Qué es lo social? ¿Cuáles son las relaciones complejas entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo afectivo y las determinaciones sociales? ¿Qué postura intelectual debe adoptar el sociólogo para objetivar lo social? ¿Qué implicaciones se derivan del retorno de la cuestión social? Tales son algunos de los interrogantes fundamentales que se desprenden de la lectura de estas once *Conversaciones* con el sociólogo francés Robert Castel en las que participan investigadores sociales, periodistas, militantes políticos y los propios Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela, editores del libro.

Robert Castel trata de responder con una claridad no exenta de matices, propia de un sociólogo a la vez académico y crítico, un sociólogo que conoce bien su oficio y que es consciente de su propia posición en el campo intelectual, así como de sus orígenes de clase y del destino social al que parecía estar abocado desde la cuna.

Castel, para mantener una mirada distante y cercana a la vez, una especie de proximidad en la distancia, comienza por objetivar su trayectoria personal e intelectual reenviándola al contexto social y político en el que se desarrolló, sin el cual ningún sujeto puede comprenderse a sí mismo ni la época en la que vive. Se es sociólogo, señala, cuando se ha comprendido que “el mundo es duro” (p. 163), que “existen coacciones” (p. 163), cuando se tiene conciencia de “la dureza del mundo” (p. 163), en la tradición que va de Marx a Durkheim y Bourdieu. El autor rompe así con las concepciones dominantes que operan a partir de la ficción de una especie de individuo omnipotente o de un sujeto transcendental más allá del bien y del mal. Lejos de cualquier simplificación de tipo psicológica y subjetivista considera inseparable lo personal y lo social, lo afectivo y las determinaciones sociales, que son la cara y la cruz de una misma realidad material y simbólica que se impone con todos sus elementos normativos y coactivos, con toda su dureza, en el sentido durkheimiano del término.

Para Robert Castel “es preciso pensar hasta el final que somos seres sociales, y que por tanto no somos individuos totalmente libres, y que nuestra libertad únicamente la podemos jugar si somos conscientes de ello” (p. 82). Es esta toda una declaración de principios que engloba tanto una posición existencial como una elección de tipo metodológico y epistemológico cuya finalidad última es la búsqueda de la verdad. Lejos de planteamientos maniqueos y simplistas, basados en preconcepciones y prejuicios ideológicos, sean éstos conservadores o revolucionarios, de izquierdas o de derechas, Castel entiende que el quehacer intelectual, como sociólogo, obedece a una demanda de clarificación social. Tal demanda social la define como “el sistema de las expectativas de la sociedad respecto a los problemas cotidianos que la interpe-

lan” (p. 22). En este sentido, “el objetivo principal, o al menos uno de los objetivos principales de la sociología, sería intentar comprender y asumir como propio aquello que plantea problemas a la gente” (p. 22).

Hacer sociología, para nuestro autor, es “intentar analizar procesos transversales, es decir, procesos que atraviesan una sociedad y que afectan prácticamente a todos los miembros de una sociedad” (p. 178). “La sociología es una tentativa para comprender lo que está sucediendo hoy” (p. 112), sin embargo no hay que confundir el presente con lo contemporáneo. El presente es, en parte, un efecto heredado, por lo que hay que situar los análisis en la historia. Robert Castel adopta, por tanto, una forma de razonamiento sociológico alejado de una visión estática de la sociedad, lo que le lleva a poner en cuestión el concepto de estructura social y el mismo concepto de integración. El recurso a la historia y a los procesos de larga duración le permiten poner en cuestión una visión acomodaticia y armónica, de la sociedad.

Para caracterizar y dotar de sustantividad propia a los conflictos sociales en la actualidad es preciso situar al trabajo en el epicentro de *la cuestión social*. En su ya clásica obra *La metamorfosis de la cuestión social* (1997), Castel abordó la actual crisis de la sociedad salarial para mostrar empíricamente, es decir, socio-históricamente, que la condición de los asalariados, lejos de estar ligada en los inicios de la revolución industrial a una situación estable, se caracterizaba por el contrario por ser una condición misérrima a la que no estaban asociados ninguna de las protecciones y derechos sociales que más tarde conquistaron los trabajadores. El concepto de *metamorfosis* le sirve para “explicar una especie de dialéctica entre lo que permanece y lo que cambia, de forma que existe continuidad en la diferencia” (pp.111-112). El análisis de los cambios sociales le permite a Robert Castel dar razón de la crisis actual; una crisis que desestabiliza todo un tipo de organización social que ha estado basada hasta ahora en el trabajo. Estamos asistiendo al paso de un tipo de capitalismo industrial, centrado en la producción, a la hegemonía del capitalismo financiero que ha trastocado y reformulado las condiciones laborales de los trabajadores en un intento sin parangón por desregular toda una serie de garantías sociales vinculadas al trabajo. En la “sociedad salarial” (término que usa este autor), las protecciones sociales y la propiedad social han permitido a los individuos de la clase trabajadora gozar de una cierta autonomía y ser reconocidos como individuos de pleno derecho, pero en la actualidad vivimos “tiempos de incertidumbre”. Poner el foco de atención en los precarios, los vulnerables o los desafiados y, no en los triunfadores de la globalización, es una opción teórica pero también un intento de ordenar y racionalizar el tiempo presente. Más que hablar de marginación o de exclusión social, este autor prefiere utilizar el concepto de “vulnerabilidad”, un enfriamiento del vínculo social, en el que todos los miembros de la sociedad dejan de pertenecer a un mismo conjunto. Este proceso tiene como consecuencia fragilizar los soportes relacionales y dejar a una buena parte de la población trabajadora instalada en una inseguridad social, entendida como la dificultad para gestionar el presente debido fundamentalmente a un sentimiento de miedo al futuro. Los individuos, de esta manera, quedan varados en situaciones de desestabilización y de invalidación social. El tiempo se muestra, por tanto, impotente para cohesionar a individuos y a grupos. Castel considera las trayectorias de los marginados o excluidos como “la expresión límite de un proceso que atraviesa cada vez más a todo el conjunto de la sociedad” (p. 194).

En una especie de emotivo socio-análisis de su propia trayectoria intelectual, Castel nos muestra cómo surgió en su vida la oportunidad de escapar a su destino

social, una oportunidad que vino de la mano de su profesor de matemáticas cuando estudiaba para obtener el título en un centro de formación profesional como tornero-ajustador. Al profesor lo llamaban Buchenwald, pues era un antiguo deportado comunista al campo de concentración de ese mismo nombre. Fue él quien a final del curso lo animó a cursar estudios de bachillerato y dejar la escuela técnica que en el futuro le habría convertido en un miembro de pleno derecho de su clase social de pertenencia. Esa orientación cambió su vida, pero a ello contribuyó también el Estado social que le ofreció oportunidades para reencauzar su destino social, un instrumento en cierto sentido para controlar el azar. El Estado social ha jugado y juega un papel fundamental como instancia para que los individuos puedan existir positivamente en tanto que individuos. Su defensa del Estado social esta indisolublemente unido a la importancia que le atribuye al derecho, ya que un derecho lo inscribe a uno por completo en una comunidad, lo coloca en situación de interdependencia con los demás, por lo que hay que pensar en términos de deberes y de obligaciones y aceptar la coacción que es, a su vez, un acto de solidaridad con los demás. Castel, convencido de la objetividad de la vida social, nos interpela a pensar dentro del capitalismo como fenómeno histórico, a ser conscientes de las condiciones objetivas, lo que le sitúa del lado del reformismo, como una forma de pensar el cambio dentro de una objetividad histórica que permite alumbrar escenarios posibles que hagan real el progreso social, proponiendo una concepción más coherente de racionalidad basada en compromisos, siempre frágiles e inestables, pero como si fuesen a la vez sólidos. Es decir, pensar el conflicto como generador de consensos para que sea posible un cambio ordenado.

Como colofón de su pensamiento, expresado a través de las iluminadoras *conversaciones* recogidas en este bello libro, podemos concluir con una reflexión que no nos deja de interpelar y que sirve de advertencia ante los riesgos de involución que puede representar el desmantelamiento del Estado social y el debilitamiento de los vínculos sociales y de solidaridad: “El futuro siempre corre el riesgo de escurrírsenos de las manos si dejamos que el presente discurra sin que seamos capaces de revivir la memoria del pasado. La herencia transmitida por Buchenwald para la actualidad es sin duda la de ayudarnos a mantener vivo el espíritu de resistencia, lo que no es óbice para que hoy sea preciso redefinir, es decir, actualizar, todo aquello frente a lo cual es preciso resistir” (p. 253) .

Juan José Ruiz Blázquez
Ayuntamiento de Madrid
E-mail: ismael.co876@gmail.com